

EL RELÁMPAGO DE CALGARY

por E. D. GIBSON



4308-18

BIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 41

Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

THE CALGARY STAMPEDE

1925

EL RELÁMPAGO DE CALGARY

Versión literaria de la película del mismo título,
interpretada magistralmente por el gran artista

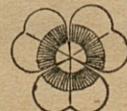
HOOT GIBSON

por
ROQUE FORT

 casa Teruel

Exclusiva:

HISPANO AMERICAN FILM, S. A. E.
Calle Valencia, núm. 233 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

EL RELÁMPO DE CALGARY

REPARTO

Daniel Malloy.	<i>Hoob Gibson</i>
María La Farge ...	<i>Virginia Brown Faire</i>
Juan La Farge (su padre).	<i>Pierre Fannee</i>
Nina	<i>Inés Seabury</i>
Guillermo Harkens.	<i>W. T. Mc. Culley</i>
Federico Burgess...	<i>Jim Corey</i>
Andrés Rogan.	<i>Charles Sellón</i>
Nieves Rogan (hija)	<i>Ana Gregory</i>
Alfredo Morton. ...	<i>Clark Constock</i>
Ignacio Callaman. .	<i>Philo Mac Collongh</i>

Los vedados del Gobierno del Canadá, conocidos por el nombre de Parque de Wainright, se encontraban en el corazón de la región Noroeste y eran el último refugio de las grandes manadas de búfalos que en otros tiempos vagaban por aquellos campos. Los ciervos tenían allí su asilo también.

La vigilancia de aquellos parajes corría a cargo de la Real Policía Montada, principalmente, auxiliada por guardas jurados, entre los que figuraba Juan La Farge, que

cuidaba de las manadas del Gobierno con el mismo implacable celo que de su hija María.

Llevado de este cariño ciego por su hija, La Farge se oponía tenazmente a que aquélla sostuviese relaciones con Daniel Malloy, un famoso vaquero americano que había llegado al Canadá en busca de aventuras.

María tenía a su servicio a una mestiza llamada Nina, novia de Federico Burgess, un aventurero a quien La Farge había metido en la cárcel por cazar en los vedados del Gobierno.

María y Nina, excelentes jinetes ambas, como casi todas las mujeres de la región, solían darse grandes paseos a caballo, en los que «daba la casualidad» de que siempre se encontraba con Daniel Malloy, que acechaba todos los instantes para ver a la niña de sus pensamientos.

Tal acababa de ocurrir. Apenas María y su doncella se habían alejado unas cuantas millas de su casa y habían echado pie a tierra para respirar del sol, que se dejaba sentir, a la sombra de unos árboles, había aparecido, como siempre, o como casi siempre, Daniel.

Nina, acostumbrada a estas «sorpresa», cuya finalidad conocía, dice para sí, al ver al vaquero :

— Me parece que aquí estorba alguien... y a mí no me gusta estorbar en ninguna parte.

En tanto Daniel se ha apeado a su vez y, llevando a su corcel de la rienda, se ha acer-

cado a María, que no rehuye su encuentro ni mucho menos.

Y entonces tiene lugar un incidente, insignificante, al parecer, pero que sirve a Malloy para abordar una vez más a la muchacha con su conversación favorita. Al ir a abrochar la cincha de su caballo, después de aflojarla para darle algún descanso, como es costumbre de los buenos caballistas, María que ha alargado un brazo inadvertidamente, queda sujetada por la correa contra el vientre del caballo de Daniel.

— ¿Lo ves? — le dice éste. — ¡Está de Dios! ¡Has nacido para ser mi «prisionera»!... — y añade tras una breve pausa : — ¿Por qué no quieres casarte conmigo, María?

— Es mi padre el que no quiere — le responde la joven. — Dice que no le gusta el apellido Malloy.

— Si tú me amaras de veras no harías caso de una razón tan sin fundamento.

María no le contesta. Por el contrario, lo que hace es apartarse de él bruscamente. Había visto a su padre que avanzaba hacia ellos a todo el correr de su caballo.

En efecto, Juan La Farge, que les había distinguido desde un montículo contiguo, no tarda en estar junto a ellos, en actitud nada tranquilizadora.

— ¿Cuántas veces he de decirle que mi hija no se ha de casar con un vaquero? — Tales fueron las palabras con que saluda a Daniel.

— Es que yo soy un buen vaquero y, además, amo a su hija, — le responde Malloy.

— Es posible que sea usted un buen vaquero, como dice, pero no es lo suficientemente bueno para mi María.

Afortunadamente la conversación empezada a tono tan elevado, no pasó a mayores por la oportuna llegada de Guillermo Harkens, de la Real Policía Canadiense Montada.

— Quiere casarse con mi hija y yo me opongo — dice La Farge al policía. — ¡No quiero ni pensar que mis nietos puedan llevar un apellido tan irlandés como Malloy.

Mientras esta escena se desarrolla en pleno campo, por las inmediaciones de la casa de La Farge, a la que acaba de llegar Nina, la mestiza, espiaba Federico Burgess, que acaba de cumplir su condena.

Impaciente, sin duda, por no ver lo que desea, apenas distingue a la doncella de María, su novia, se dirige a ella y le pregunta :

— ¿Dónde está tu amo?...

— Ha salido, y la hija también — le contesta la muchacha con marcada intención ; pero al darse cuenta de que no es la soledad con ella, lo que interesa a Federico, como otras veces, le dice a su vez :

— ¿Para qué quieres ver a mi amo?

— ¡Tu amo me metió en la cárcel y no se lo perdonó!

— ¡No hay que pensar en venganzas! Nos vamos y nos casamos. Es lo mejor, ¡créeme!

Pero el perverso Burgess no le hace caso ni atiende a razones ; la ira le ciega ; pero es cobarde y al ver aproximarse a La Farge con María, huye y desaparece.

Allá en el campo han quedado Daniel Malloy y Guillermo Harkens, el policía.

— Le aseguro a usted que María ha de ser la esposa de Daniel Malloy, quiera su padre o no — dice el vaquero en el momento de separarse de Harkens.

Durante varios días Daniel se había conformado con breves entrevistas aprovechando los descuidos de La Farge, hasta que al cabo, agotada su paciencia, se decide a entrar en la casa, a sabiendas de que María está sola con la doncella.

— Hoy vengo decidido a que te escapes conmigo, María — dice a la joven. — Ten la seguridad de que tu padre nos perdonará.

— ¡No, Daniel, no! Eso sería darle una puñalada en el corazón — le contesta ella.

De pronto se abre la puerta de la estancia y aparece Juan La Farge demudado, frenético, porque sabe que Daniel está allí, toda vez que ha visto su caballo junto a la valla de la finca.

— ¿A qué ha venido usted aquí? ¿A robarme el cariño de mi hija?...

— Eso no necesito robarlo ; es mío, porque me le ha dado ella voluntariamente — responde Daniel tranquilamente.

María quiere intervenir para calmar a su padre, pero éste le indica enérgicamente que se vaya, que les deje solos.

Y solos quedan, y la discusión sigue cada vez más violenta; tanto, que La Farge, sin poderse dominar, se lanza sobre el vaquero y le abofetea.

En este instante suena un tiro y Juan La Farge cae para no levantarse más.

Daniel, que se ha dado cuenta de que la bala que ha matado al guardabosque ha entrado por una de las ventanas, sale a la puerta para descubrir al asesino y sólo puede ver a un hombre que huye a galope tendido. De un salto se encarama en su caballo y sale tras él.

Nina, la mestiza, ha sido el único testigo de lo ocurrido. Ella, que se encontraba a la parte de afuera de la casa cuando sonó el disparo, había visto que había sido Federico Burgess quien le había hecho, pero era su novio y ni gritó ni trató de impedir su fuga, proponiéndose, por el contrario, guardar silencio acerca de la culpabilidad de aquél.

Y así lo hace, en efecto, delante de María, que había acudido al oír la detonación y que llora abrazada al cadáver de su padre y del policía Harkens que acababa de llegar, pues La Farge le había convidado a comer con ellos.

La taimada mestiza, aprovechando una breve pausa en el llanto de su ama, le dice con la peor intención :



¿Cuántas veces he de decir que mi hija no ha de casarse con un vaquero?

— Aquí no ha estado más que Daniel Malloy, ¿verdad? — y dirigiéndose al policía, añade : — Daniel vino a ver a María... Su padre le sorprendió aquí y se puso furioso... Daniel se ha ido huyendo...

Entonces el policía, recordando que su deber es salir en busca del asesino, requiere su caballo y parte veloz siguiendo la dirección que le indica la mestiza.

Daniel en tanto corre, corre sin cesar, pero no logra dar alcance al fugitivo, contra quien hace un disparo de revólver sin lograr he-

rirle, ni intimidarle, pues Federico Burgess, que conoce el terreno palmo a palmo, logra desaparecer internándose en la maleza.

Esto desconcierta al vaquero, que hace alto en su carrera, dando lugar, como es natural, a que le alcance el policía.

Este poniéndole su revólver contra el pecho, le intimá a que le dé el suyo, del que aparece descargada una cápsula, indicio que basta al agente de la autoridad para dar como cosa descontada la culpabilidad de Daniel.

— Ha matado a Juan La Farge — le dice.
— Queda usted detenido.

— Sí, yo he disparado con mi revólver
responde Daniel, tratando de justificarse. —
Pero ha sido contra el asesino.

Mientras Federico Burgess, el verdadero asesino, piensa que espantando a los búfalos, tal vez arrollen en su huída a su perseguidor, haciendo desaparecer de este mundo al único hombre que algún día podía descubrirle, y así lo hace.

Los búfalos, asustados, emprenden vertiginosa carrera con dirección al lugar en que se hallan discutiendo aún Daniel Malloy y su aprehensor, Guillermo Harkens.

— Corramos o nos arrollarán — dice Daniel al policía al ver avanzar hacia ellos a la enorme piara de búfalos.

Y ambos tratan de apartarse de la ruta que traen los animales apelando al auxilio de sus briosos caballos.



*¿A qué ha venido usted aquí? ¿A robarme el cariño
de mi hija?*

Pero la fatalidad persigue al pobre Daniel, haciendo que todo se conjure contra él.

Cuando él y el policía galopaban en busca de un lugar seguro, el caballo de éste tropieza y cae, quedando el jinete conmocionado a consecuencia del golpe.

Daniel intenta hacerle reaccionar y en vista de que no lo consigue, echa el inanimado cuerpo del policía sobre su caballo, monta él a grupas y llevando de las riendas el del herido, emprende el camino de casa de La Farge, adonde vuelve con la tranquilidad

de conciencia de no haber cometido el delito que se le atribuye.

Pero su decepción es grande al ver la actitud en que le recibe la hija del muerto. Indudablemente también María sospecha de él.

Daniel trata de sincerarse :

— Tú no puedes creer que he sido yo. Le hubiere dejado que me matara antes que levantar un solo dedo contra él. Me bastaba que era tu padre.

Mas la joven nada le contesta, y la duda cruza por su pensamiento.

El vaquero, comprendiendo que todo ha acabado para él en aquella casa, se dispone a salir con el corazón rebosante de dolor.

Una vez fuera de la casa se queda parado unos instantes, como si confiara aún en que María no ha de dejarle ir, mas ésta, que varias veces está a punto de llamarle, se detiene otras tantas, atenazada por lo que cree un deber.

El vaquero duda y vacila aún su corazón ; el cariño que tiene a aquella mujer y la angustia que le produce verse despreciado sin motivo, le tienen perplejo, pero se decide, al fin, y parte muy lejos.

* * *

Ha transcurrido un año y nos hallamos en el rancho de « La Barra » situado a unas trescientas millas al Sur del vedado de Wainright.



Eso no necesito robarlo; es mío porque me lo ha dado ella voluntariamente

Su propietario es Andrés Rogan, uno de los más antiguos hacendados de la región y padre de una bellísima joven llamada Nieves.

Daniel Malloy, que ha pasado este año rodando de una parte para otra haciéndose el tonto siempre con la esperanza de que el tiempo o la casualidad hagan algo que pruebe su inocencia, ha logrado entrar como pinche de cocina en el rancho de « La Barra », ocultando su verdadera personalidad, pues sabe que la policía no ha dejado de buscarle, bajo el nombre de Emilio Chaming.

Andrés Rogan, el dueño del rancho, tiene un rival formidable, en cuanto con los caballos se relaciona, desde su cría hasta el entrenamiento de jinetes, en Alfredo Morton, propietario de la hacienda contigua.

Rogan y Morton, muy buenos amigos en el terreno particular, pero irreconciliables adversarios en todo que con concursos hípicos se refiere, se pasan la vida materialmente discutiendo sobre los caballos y las carreras.

Y el tema no puede ser más de actualidad, toda vez que está próxima la feria de Calgary, capitalidad del departamento, famosa, entre otras cosas, por sus concursos hípicos, de entre los que se destaca la carrera a la romana, que consiste en guiar y conducir a la victoria a una pareja de caballos perfectamente hermanados y amaestrados, para que el jinete que los corre pueda ir de pie sobre ellos, no sobre uno de ellos, sino sobre los dos, con un pie sobre cada uno.

Alfredo y Andrés están viendo el programa de las fiestas, que acaba de llegar a sus manos, y Alfredo, que se complace en hacer rabiar a su convecino le dice :

— Me parece, amigo Rogan, que este año va a tener usted muy poco éxito en las carreras.

— El año pasado ganó usted la carrera romana, pero este año esa carrera es mía, querido Morton — le responde Rogan.

— ¡Hágase usted todas las ilusiones que

quieras! — añade Morton. — ¡Tengo yo un par de caballos que corren más que lo que dice una mala lengua!...

* * *

La noticia de que en el rancho de « La Barra » había entrado a prestar sus servicios un hombre nuevo llega hasta Calgary, y como consecuencia de ello, Ignacio Callaman, de la Real Policía Montada, se presenta en el rancho.

Cuando llega, Rogan y Morton están presenciando el entrenamiento de los caballos de aquél, tarea a la que el propietario del rancho de « La Barra » dedica toda la tarde, con la sana intención de o que revienten, o ganar a los de su convecino y rival.

Daniel Malloy, que viene disimulando, no sin gran esfuerzo, su afición a los caballos, para alejar, en lo posible, la sospecha de que es el caballista más famoso de América y, por tanto, Daniel Malloy el presunto asesino de Juan La Farge, presencia con vivísimo interés, desde el lado de afuera de la empalizada que circunda el corral donde el entrenamiento tiene lugar, las proezas que realiza Eduardo Corbett, el mejor jinete del rancho y en quien Rogan tiene puestas todas sus esperanzas para que monte su pareja de caballos en la próxima carrera romana.

Corbett no está muy afortunado que digamos en la monta de un potro cerril, tanto que Alfredo Morton exclama, al verle rodar por tierra :

— ¡Eso no es un jinete ; eso es un topo!...

— Yo no soy domador de potros ; soy jinete a la romana — responde el aludido, que ha oido la mordaz salida del rival de su amo.

A todo esto Callaman, el policía, se ha incorporado al grupo formado por los dos hacedores y con ellos comenta los incidentes del entrenamiento.

Emilio Chaming o sea Daniel Malloy, que es el primero en verle, juzga lo más prudente quitarse de ante sus ojos y, calándose el sombrero hasta las cejas, para que el ala le cubra casi por completo la cara, se esconde hasta la puerta de la cocina y allí se pone a pelar patatas, que es su verdadera obligación.

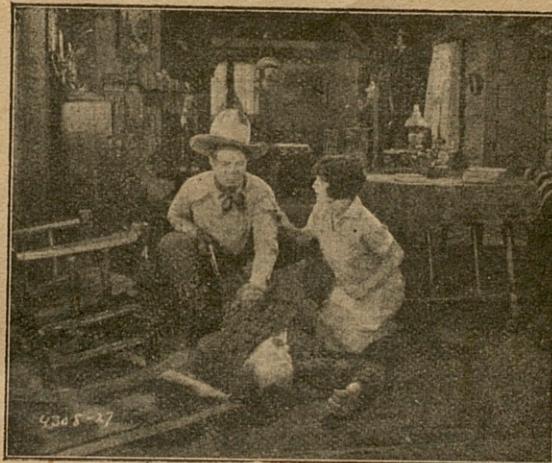
— ¿Cuál es el nuevo empleado? — pregunta el policía a Rogan.

— Aquel que está allí sentado — le responde el ranchero, — y añade. — Se llama Emilio Chaming y vino el año pasado de Indiana.

El policía se dirige a él ; le contempla, sin que Malloy se dé por enterado de que se le observa, y al cabo de un rato, le dice :

— ¡Buenos días!

— ¡Buenos días! — responde Daniel con la mayor indiferencia.



— ¿Qué has hecho, Daniel?... ¿Qué has hecho?

— ¿Extraño en esta región? — le pregunta el agente de la autoridad.

— ¡Llevo peladas tantas patatas que ya me consideran casi como hijo adoptivo! — dice Malloy sin abandonar su tarea.

— ¿Sabe usted montar a caballo? — inquire Callaman, firme en su deseo de conocer antecedentes del nuevo servidor del rancho.

— ¡Ni quiero aprender! Si he de tener ampollas, las prefiero en los pies — dice Malloy

El policía, satisfecho o no del resultado de su interrogatorio, le da por terminado, y se aleja de junto a Daniel.

— ¡Camará!... ¡Qué ratito he pasado! — exclama éste en cuanto le ve irse.

Y en tanto el entrenamiento de caballos y jinetes sigue absorbiendo la atención de Rogan.

Daniel Malloy, en cuanto cree que el policía ha abandonado el rancho, suelta las patatas y el cuchillo y se pone de nuevo a presenciar lo que hacen los caballistas.

Eduardo Corbett acaba de efectuar un ensayo de carrera a la romana, cuyo resultado ha satisfecho completamente a Andrés Rogan, cuando le dice :

— ¡Muy bien, Eduardo!... Un poco más de preparación y le ganamos a Morton hasta la camiseta.

Mas, por lo visto, Daniel Malloy no opina igual. En su deseo de decir algo, de dar su opinión, se acerca al grupo, pero el capataz le corta la acción, según el dicho vulgar, diciéndole :

— ¡Usted a su trabajo!

— ¿Es que quiere usted decirme algo? — pregunta Rogan a Chaming, pues se ha dado cuenta de su deseo de hablar.

— Sí, señor. Que los caballos correrían más si Corbett no les tirara tanto de las riendas — y añade, dirigiéndose al capataz :

— Yo entiendo algo de caballos, y para demostrarlo estoy dispuesto a montar al que antes casi ha echado a Corbett al cielo, a hacer compañía a los angelitos.

Otros más resignados que Daniel Malloy han dejado que su amor propio y su coraje se sobrepongan a la prudencia. Además, Daniel creía que Callaman, el policía, se había ido ya del rancho. Por eso había soltado una bravata que tan desagradables derivaciones podía tener para él, y por eso se aventura a montar el potro, una vez conseguida la autorización de su amo.

Daniel monta, como decimos, lucha bravamente por aguantar las cabriolas desenfrenadas del indómito animal, y al fin cae, no sin haber demostrado plenamente que es un caballista formidable. Y al levantar los ojos tiene ocasión de ver, con espanto, que el policía ha presenciado la escena a través de la empalizada.

Pero también esto se le olvida...

* * *

Ante las miradas de los demás le era fácil a Daniel, hasta cierto punto, como acababa de ocurrir, desempeñar el papel de Emilio Chaming, pero en cuanto llegaba la noche y se veía solo, no podía resistir la tentación de andar con los caballos que tanto le gustaban.

Y así sucedió que cuando el policía salía de la hacienda, ya bien entrada la noche, tuvo ocasión de ver, en medio de la oscuridad, la sombra de un jinete, lo cual des-

pierta su curiosidad y el sentimiento del deber, y se lanza en su persecución.

El jinete, que no es otro que Daniel Malloy, no tarda en darse cuenta a su vez de que ha sido descubierto, y se propone burlar al que trata de darle alcance, poniendo a prueba una vez más su pericia y la agilidad de su cabalgadura y, rápido como una centella, trata primero de despistar a su perseguidor y luego regresa a la hacienda.

Callaman no tarda en llegar a la hacienda también; observa por sus alrededores, y al cabo entra en la cuadra. Allí está Emilio Chaming durmiendo como un bendito, a juzgar por los resoplidos que da. Mas el policía no se cree satisfecho con esto y le despoja violentamente de la manta en que está arrebatado, teniendo ocasión de ver que se halla vestido.

Daniel no demuestra el menor sobresalto; abre los ojos como quien despierta del más pesado de los sueños y mira al policía.

— ¿Duerme usted siempre con los calcetines puestos? — le pregunta Callaman.

— No señor; nada más que cuando estoy muy cansado — contesta Daniel.

El policía renuncia a seguir su nuevo interrogatorio, convencido de que el tal Emilio Chaming es un cuco muy grande.

Pero al salir la casualidad le brinda una prueba acusatoria, pues el caballo delata a Malloy.



Aquí no ha entrado nadie más que Daniel, ¿verdad?

* * *

El policía regresa a Calgary, donde está el cuartel de la Policía Montada.

Al día siguiente, lo primero que hace es buscar la filiación de Daniel Malloy.

— Esta es la ficha del presunto asesino de La Farge — le dice el encargado del archivo — y añade. — ¡Lástima que nuestro compañero Guillermo Harkens, que le conoció, esté en Río de la Paz!

— No va a haber más remedio, para identificarle, que recurrir a María La Farge — dice a su vez Callaman.

Y cuando en el rancho de «La Barra» nadie se acordaba ya de Callaman, el policía, cierta mañana, se presenta en compañía de la hija del difunto guardabosque.

Daniel no tarda en divisarle y esquivando su encuentro por entre los montones de maderas diseminados por los alrededores de la casa, sus ojos tropiezan con María, encaramada aún en el pescante del coche que le ha conducido al rancho.

Malloy no sabe si alegrarse por ver de nuevo a la joven, o si temer por llegar con quien llega.

María también le ve y no puede reprimir un movimiento de grata sorpresa, del que Daniel no se apercibe.

Este juzga lo más prudente hacerse el loco, como vulgarmente se dice, y esperar los acontecimientos, para lo cual apela al socorrido pretexto de ponerse a mondar patatas, como hiciera en otra ocasión en paradero aprieto.

Callaman, que le ve tan afanoso, va en busca de María y junto con ella se dirige adonde está el individuo a identificar.

El momento es realmente emocionante para ambos jóvenes. Como si una voz secreta les dijese lo que han de hacer, ni ella ni él dan el más ligero indicio de la sensación que experimentan y se saludan a instancias del policía, como si no se hubiesen visto nunca.

— ¿Conoce usted a este sujeto, María? — pregunta Callaman a la joven.



¿Sabe usted montar a caballo?

— No, señor, no le he visto hasta ahora — responde ella con la mayor naturalidad.

Entonces Callaman, encarándose con el pinche, le dice :

— A esta prueba debe usted su libertad, Emilio. Ya no le molestaré más, — y visiblemente contrariado se aleja de aquel lugar dejando solos, inadvertidamente, a María y a Daniel.

Estos, que han cruzado una mirada de inteligencia, sonríen satisfechos, complacidos, pero sin que una sola palabra brote de sus labios.

Al fin es María la que rompe el silencio :
— ¡Dime otra vez que no fuiste tú!
Daniel nada contesta, pero con los ojos dice, harto elocuentemente, cuanto la joven desea saber.
— ¡Te creo Daniel, te creo! — añade María estrechando las manos a su infeliz adorador, mientras sus bocas se juntan en un beso apasionado...

* * *

Había llegado el día de la gran fiesta anual ; la feria de Calgary.

Daniel Malloy, sentado en la escalinata de entrada de una de las más suntuosas casas de la localidad, contempla el paso de la lucida cabalgata, en la que figuran, a modo de carrozas, grupos alegóricos de las costumbres y de los productos del país.

De pronto sus ojos distinguen entre los policías que forman parte del cortejo, a Guillermo Harkens, aquel que intentó detenerle por creerle asesino de Juan La Farge.

Daniel, que no tiene ganas de explicaciones ni de molestias, cubre su cara con el ala del sombrero, que es el recurso a que apela siempre en tales casos, y abandona su puesto de observación, quitándose de la vista de todos con mucho disimulo.

Pero el número sensacional de las fiestas no es la cabalgata precisamente, sino los



Yo entiendo algo de caballos...

concursos hípicos y de carácter agropecuario, que son causa de los odios más hondos y que dan lugar a que se crucen apuestas fabulosas.

Los participantes en estos certámenes y sus adeptos se reúnen todos los años en un café, que viene a ser algo así como la Bolsa donde se cotizan las apuestas.

Allí está Malloy solo, en un rincón, apurando un vaso de cerveza y escuchando los comentarios que hacen unos y otros.

Allí está también Alfredo Morton con sus amigos y sus partidarios, y allí llega, a poco, Andrés Rogan.

Al verle Morton le dice en tono zumbón:

— ¿Continúa usted haciendo la ilusión de que sus caballos van a ganar a los míos esta tarde, Rogan? — Y añade: — Tengo otros cinco mil pesos que se empeñan en decir que mis caballos han de ganar a los tuyos.

— Sigo creyendo en el triunfo de mis caballos, pero no puedo apostar un peso más. Me juego ya todo lo que tengo — responde Andrés Rogan.

— Nunca le supuse tan miserable ni tan miedoso! — dice, riendo, Morton.

— Eso no me lo ha dicho ningún hombre, ni usted me lo dirá más! Le apuesto, cabeza por cabeza y casco por casco, todo el ganado de mi hacienda contra el de la suya — responde, fuera de sí, Rogan.

Daniel Malloy que ha seguido atentamente toda la discusión, se acerca respetuosamente a Rogan y le dice:

— ¿No cree usted que es demasiado, mi amo?

— ¡No t' nures, muchacho! ¡Eduardo Corbett s' s dos caballos forman un solo animal q' o hay quien le venza!

* * *

Ha llegado la tarde y con ella el anhelado instante de los concursos. El Parque de la Exposición de Calgary, donde el Canadá celebra su gran fiesta hípica anual, ofrece aspecto deslumbrador.

26

Pero veamos los concursos...

— ¡Concurso de ordeño de vacas bravas! — anuncia el juez de campo valiéndose de una gran bocina, y acto seguido se da suelta a las vacas y empieza su persecución por los que aspiran a exprimir sus ubres para presentarse ante el jurado con el blanco testimonio de su temerario arrojo.

Este concurso tiene una segunda parte, que es la monta de esas mismas vacas, y para lo que hace falta una agilidad y un valor a prueba de contusiones.

Entre el inmenso público que asiste a la fiesta figuran María La Farge y su doncella Nina.

Federico Burgess, el novio de ésta, abusando de la impunidad en que ha quedado su crimen, figura también entre los espectadores.

Nina al verle se va a él, llena de gozo por encontrarle de nuevo al cabo de tanto tiempo, pero Federico la rechaza displicente, y le dice:

— Cuando dejé a Wainright también te dejé a ti para siempre.

Nina regresa compungida al lado de su ama y le hace partícipe de su dolor.

— Me prometió casarse conmigo y ahora se ríe porque le recuerdo su promesa — y la mestiza llora su abandono.

Daniel Malloy anda de un lado para otro buscando un resquicio por donde asomar la nariz y ver las carreras...

Al concurso de monta de becerros sigue el

27

de monta de potros cerriles, a éste el de coches y después el de carros, registrándose en todos ellos numerosos accidentes, de uno de los que es víctima Eduardo Corbelt, el jinete llamado a montar los dos caballos de Rogan en la carrera a la romana.

Corbelt, que guiaba uno de los carros que tomaban parte en la prueba, sufre una caída y se fractura una pierna.

Al darse cuenta de su estado, dice a los que acuden en su auxilio :

— Tengo una pierna rota. Digan al amo que anule las apuestas.

Al enterarse Rogan de que su caballista no puede actuar en la carrera a la romana, encarga que busquen a otro de sus hombres, a un tal Martín, para que le substituya.

— ¡Pero si Martín está borracho! — le responden.

— ¡Como de costumbre! — exclama el ranchero.

— ¡No, más borracho que de costumbre! — añade uno de los presentes.

— ¡Que venga aquí inmediatamente! — ordena Rogan, y apenas le tiene ante sus ojos, le dice :

— ¡Borracho o no, tienes que montar.

Pero Daniel Malloy se ha enterado de todo y adopta una resolución : la de ser él quien substituya a Corbelt, claro que sin que nadie se entere hasta el último momento ; cuando sea imposible impedirlo.



La vistosa cabalgata...

Mientras esto ocurre, el policía Callaman se encuentra con su compañero Harkens y le dice:

— Acabo de ver al hombre que creía era Daniel Malloy. ¿Quiere usted verle?

Y ambos se dirigen en busca del sospechoso, mas no tienen necesidad de andar mucho, pues Daniel, encaramado ya sobre los caballos de su amo, se dirige hacia la pista, pasando junto a los policías como un rayo.

— Sí, es Daniel Malloy — dice Harkens.

— Le detendremos después de la carrera.

— ¿Qué detiene a Martín que no sale? — pregunta Nieves Rogan a su padre.

— ¡La borrachera! — le contesta con mucha guasa Alfredo Morton, que está junto a ellos.

Ya se ha dado la señal de salida; ya han arrancado las parejas de caballos, y entonces hace acto de presencia la de Rogan, que sin detenerse sale a alcanzar a sus contrincantes.

Entonces el juez anuncia la substitución.

— Daniel Malloy, de Cheyenne, monta en vez de Corbelt, — dice.

Y el nombre de Daniel Malloy, harto conocido por su fama de caballista sin rival, corre de boca en boca hasta ser pronunciado por los labios de todos los espectadores.

— ¡Ese no es Martín, ni es Daniel Malloy! — dice Rogan. — Es el tonto ese de Emilio Chaming. ¡Dios nos coja confesados!

— ¡Sí, sí, es Daniel Malloy! — le contesta uno de sus criados. — ¡Le van a meter preso después de la carrera!

— ¡Mira! ¡Mira! ¡Va adelantándose! — hace observar Nieves a su padre.

— ¡Aprieta! ¡Aprieta! ¡Daniel! — grita éste.

Y Daniel aprieta tanto, que no tarda en cruzar la meta el primero.

— ¡Ha ganado Malloy! ¡Viva Malloy! — gritan a la vez miles de voces.

La alegría de Rogan no tiene límites, como no tiene límites el desconsuelo de Morton, para quien esta derrota es la ruina.

Pero en medio de tanta alegría, a Nina (la

mestiza) le reserva el destino una pena; la de ver a Federico junto a otra mujer.

— ¡Mírele usted! — dice a María, su ama.

— ¡Ahí está con otra!

Y, herida en su amor propio, añade:

— Ahora voy a decir la verdad. Ese hombre fué quien mató a su padre de usted.

A todo esto Daniel Malloy ha sido detenido, sin la menor oposición por su parte.

— ¡Sí, yo soy Daniel Malloy! — dice a los policías. — Pero no he cometido el crimen que se me imputa...

Federico Burgess, que no pierde el menor detalle de cuanto pasa al alcance de sus ojos, comprende que ha llegado el momento de quitarse de ante los de los demás, pero ya es tarde.

Nina lo ha confesado todo a Callaman y a Harkens, quienes, juntos con el propio Daniel Malloy, se lanzan hacia él.

Burgess ha tenido tiempo, no obstante, de subir a su coche y de emprender precipitada huída.

Malloy a su vez, monta en el primer caballo que encuentra a mano, ya que guiados por él todos son igualmente ágiles y obedientes, y se lanza en su persecución.

Otro tanto hacen los policías y hasta Rogan, si bien éste utiliza su automóvil, en el que brinda un asiento a María La Farge.

Federico Burgess corre enloquecido, fustigando sin cesar a los caballos, hasta que en

un brusco recodo del camino pierde ~~el~~ coche su centro de gravedad y se precipita a un barranco, arrastrando a su ocupante.

Daniel Malloy que ya le iba a los alcances, se apea de su cabalgadura y desciende hasta donde yace el inanimado cuerpo de Burgess, y lo mismo hacen, a poco, Callaman y Harkens los policías, quienes tienen ocasión de oír de labios del moribundo la confesión de su crimen.

— ¡Yo maté a La Farge! — dice. — ¡Malloy es inocente! — y expira.

Callaman se encarga de darle noticia a Andrés Rogan y a María La Farge, que presencian, desde lo alto del barranco, la triste escena que se desarrolla en su fondo.

— Este hombre es inocente — dice el policía. — El otro lo ha confesado todo.

Hay una pausa durante la cual María La Farge y Daniel Malloy cruzan una mirada a través de la cual se ven sus corazones heridos de felicidad.

— Pues ahora soy yo la que te condena a cadena perpetua en mis brazos, Daniel — dice la joven, haciendo un sitio a su lado a Malloy en el automóvil, que se aleja de aquel lugar con dirección a Calgary, donde la multitud aguarda aún al caballista para aplaudirle.

FIN

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

Conocedores de la utilidad
que ha de tener un libro con
las direcciones de los princi-
pales artistas de la pantalla
y casas productoras, nos
hemos decidido a publicar
el tomo que ofrecemos
a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro
UNA PESETA